

## **“LA PRIMERA CAMPANADA DEL 2011” (1)**

Vida Nueva, en su número correspondiente al día de Nochebuena ha recogido, a guisa de campanadas, el eco de doce frases que nos han hecho “vibrar y caminar, ilusionarnos y soñar en un brindis de fe, de esperanza y amor” a lo largo del año.

La primera campanada, según Antonio Gil (2), la hizo sonar Benedicto XVI cuando en las jornadas madrileñas de la juventud nos dijo y repitió que “la fe cristiana es sobre todo una relación personal con Jesucristo”. Este aldabonazo, después de haber vivido bajo el Pontificado de siete Papas, no creo habérselo oído dar a ninguno de sus seis predecesores.

Para los hermanos de Maranatha (3), sin embargo constituye una de las incitaciones más habituales en sus enseñanzas hasta el punto de integrarla como parte esencial en el Kerygma.

A nuestros catecúmenos, cuando en el seminario de las siete semanas se les induce a la conversión, se especifica que la conversión preconizada es a Jesucristo, única de las tres personas divinas que al encarnarse, se hizo no solo visible sino, salvo en el pecado, íntegramente igual a nosotros. Si el Kerygma es la proclamación de un acontecimiento que deberá estar siempre teniendo lugar (4) Jesucristo con su resurrección se ha constituido en parte fundamental de su

contenido. Hasta su nacimiento los creyentes hemos estado relacionándonos durante tiempo inmemorial, con un Dios invisible (5). Su encarnación, por obra del Espíritu Santo, en el vientre de María, permitió a parte de sus contemporáneos mantener una insólita relación personal con su propio Creador durante sus treinta y tres años de permanencia en el mundo. Tan insólita que para muchos de sus connacionales y sus descendientes resultó y continúa resultando increíble. Nunca se había dado ni siquiera vislumbrado en religión alguna tamaña familiaridad entre criatura y creador. La relación así gestada en Galilea, Samaría, Judea y Perea permitió a los creyentes en Jesucristo, en base exclusiva a su fe, obtener curaciones inexplicables al margen de lo milagroso.

Mas esta vinculación entre el Señor y sus seguidores iba a perpetuarse al margen de su regreso a la Casa del Padre poco después de su resurrección. Así nos lo explica San Juan en su Evangelio: “Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre”. (14, 16). Ese estar con nosotros para siempre implica la necesidad de una comunicación perpetua pues mal podríamos estar juntos sin posibilidad de un entendimiento mutuo con el Consolador, Paráclito o Espíritu Santo que no es sino una de las tres divinas personas que, como parte de la Trinidad, conforman el Solo Dios verdadero. Comunicarse con el Espíritu Santo equivale, pues, a comunicarse con Jesucristo vivo y resucitado. Estas cosas han sido muy pronto bien entendidas en Maranatha hasta el punto de confundirse con la verdadera razón de su existir.

Siempre recordaré las primeras palabras que escuché cuando, por primera vez, me acerqué a este Grupo. Mi introductora me ubicó en las proximidades del lugar que ordinariamente ocupo ahora. Allí, justo delante de la silla en que entonces me senté, se encontraban dos señoras bisbiseando sus cosas en espera de que la oración comenzara. Sin querer me fui habituando a identificar sus sonidos que no conseguían, sin embargo, interesarme en principio hasta que, de repente, algo me sorprendió tanto que puse mis cinco sentidos en descifrarlo: “Te voy a contar lo que me dijo el Señor ayer”. Sí. Era eso. Por el curso que tomó a partir de ahí el bisbiseo era eso.

Hay muchos, muchísimos hermanos de Maranatha que están en casi permanente contacto con el Señor. Es lo que nosotros llamamos vivir en el Espíritu en contraposición a lo que los teólogos denominan “vida en el mundo o vida en el siglo”. La llamada vida en el Espíritu modifica incluso los rasgos y gestos de quienes a ella pertenecen sin necesidad de habitar convento alguno. Admirado de ello durante mis primeras andaduras por el grupo de oración se lo dije a Chus Villarroel: “La mayoría de los asistentes tienen caras beatíficas” le espeté un buen día. Le hizo mucha gracia pero nada pudo decirme. Supongo que le pasaba lo que me está pasando a mi después de unos ocho años de permanencia que ahora veo más caras beatíficas que de las otras con lo que las del siglo son las que hoy me parecen las raras.

Una vieja amiga de mi época secular acostumbra a reunir para almorzar el día de Nochebuena a más de sesenta personas. He ido durante muchos años. Dejé de hacerlo cuando comencé en la Renovación porque la conmoción que ello supuso en mi vida exigió mi máximo esfuerzo y atención para que aquella maravilla no se me escapara. El otro día volví porque ya puedo compatibilizar algunas cosas sobre todo si en ella están personas a las que quiero mucho como a mi amiga de las Nochebuenas. Estuvo conmigo entrañable pero no puede entender nuestra vida. Lo primero que me preguntó es si seguía viviendo en casa o si me había ido a un convento. Los raudales de gracia que el Espíritu ha derramado sobre nosotros no hace precisa la reclusión para permanecer en su proximidad. Así lo ha dado a entender nuestro hermano en la Renovación Raniero Cantalamessa en su tercera homilía de Adviento ante la Casa Pontificia (6):

«La gracia de estas nuevas realidades es multiforme pero tiene un denominador común que se llama Espíritu Santo, el “nuevo Pentecostés”. “Ya en 1981 el beato Juan Pablo II advertía: “Toda la obra de renovación de la Iglesia, que el Concilio Vaticano II ha propuesto providencialmente e iniciado...no puede realizarse si no es en el Espíritu Santo, es decir con la ayuda de su luz y de su fuerza».

En medio de estas divagaciones nuestro Decano del Colegio de Abogados publicó ayer, en la tercera de ABC un artículo confuso que concluye con la socorrida remisión al sentido que pueda tener el silencio de Dios.

Para nosotros Dios no está en silencio. Si lo estuviera sería imposible llevar adelante una vida en el Espíritu como inicio en la tierra de lo que será nuestra eternidad en la casa del Padre.

Me contaba un amigo a la vuelta de una larga estancia en casa de su familia fuera de España las discusiones que allí había mantenido. Los suyos entendían que sí Jesucristo había obtenido su salvación no era menester hacer nada más. Mi amigo les exponía como inefable lo que perdían sin vida en el espíritu durante el resto de su existencia terrenal.

Ojalá algún día ellos y otros muchos que piensan igual se aperciban de lo que están desperdiciando.

Gloria al Señor.

Madrid, 1 de enero de 2012

Fernando Escardó

(1) Copia del original colgado de la página Web de Maranatha, grupo de Oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(2) Vida Nueva, número 2782, página 50.

(3) Grupo de oración de la Renovación Carismática Católica en el Espíritu.

(4) José María González Ruiz, página 682 “Conceptos fundamentales del cristianismo”.  
Editorial Trotta 1993.

(5) “A Dios nadie no la visto jamás”. San Juan (1, 18).

(6) Zenit, [infospanish@zenit.org](mailto:infospanish@zenit.org), página 19, 18 diciembre 2011.